

Cubre la gente el suelo,
 Debajo de las velas desaparece
 La mar: la voz al cielo
 Confusa y varia crece,
 El polvo roba el día y le oscurece.

ó en estos otros de nuestro egregio poeta Pagaza:

Tendido enseñas á la selva fría
 A resonar el nombre
 De la hermosa Amarilis, tu alegría.

Pero no sólo es el latín un antecedente histórico de que no se puede prescindir al estudiar las lenguas romances, es también el idioma que hablan todas las ciencias, puesto que el latín y el griego son depositarios de todos los conocimientos adquiridos, ya sea mediante las especulaciones abstractas de nuestro espíritu, ó ya mediante nuestras observaciones y experiencias.

El tecnicismo científico es casi en su totalidad greco-latino, y se pierden muchas de las ventajas que de él resultan, cuando se ignoran las lenguas que contribuyen á formarlos con sus temas radicales y con sus desinencias.

La primera necesidad que sienten los hombres dedicados al cultivo de las ciencias, es la de formar voces nuevas, para expresar cosas ó ideas nuevas, ó bien corregir las mal formadas: en este mismo lugar un doctor colega nuestro propuso algunas voces técnicas que designan ciertas unidades de fuerzas mecánicas y eléctricas en lugar de los nombres que están en uso y que son defectuosos.

La ignorancia completa ó el conocimiento superficial que tienen del griego y del latín quienes conceden

á las ciencias atención preferente, explica la estructura viciosa ó la impropiedad de muchos términos científicos que expresan cosa distinta de lo que con ellos se quiere significar.

D. Pedro Felipe Monlau cita en alguno de sus discursos académicos ejemplos de nombres impropios ó mal formados: tales son kilómetro, decímetro, miriámetro, decígramo, milígramo y otros más. El primero debería ser *kilioímetro*, ya que la primera parte del compuesto es *kilioi*, que significa mil; decímetro, centímetro y milímetro son voces híbridas; miriámetro había de ser miriómetro, por ser *myrios* el numeral que expresa diez mil; al modo que decimos termómetro y no termámetro, y que en griego se decía *myriocarpos* en vez de *myriacarpos*; *decígramo*, *centígramo* y *milígramo*, sobre ser híbridas, adolecen del vicio de impropiedad en el significado, por componerse de la voz *gramma*, que significa línea, la cual no connota lo que con dichos nombres se quiere expresar. Además son voces graves ó llanas.

Estos ejemplos y otros muchos que pudieran citarse, no prueban, como quisiera Bain, la poca utilidad de saber latín y griego para disfrutar de un buen tecnicismo, sino demuestran, por el contrario, la necesidad de conocer uno y otro idioma, así como sus leyes de formación y transformación; pues si todo esto se conoce y se tiene presente en su hora oportuna, no se formarán palabras impropias ó defectuosas, las cuales según el consejo de Varrón, á ser posible, deberían emplearse poco, para que caídas en desuso, pudieran modificarse, y se pusieran en circulación después de co-

rregidas. “*Quæ tamen, dice, sunt ita ut in præsentia corrigere nequeas, his oportet, si possis non uti, sic etiam obsolescent, ac postea iam oblitterata faciliùs corrigi poterunt.*”

Como indiqué antes, M. Bain no juzga que aproveche mucho el conocimiento del griego para entender bien los términos técnicos, antes lo tiene por nocivo. “El conocimiento del griego, dice, nos basta, es cierto, para comprender las palabras barómetro, fotómetro y algunas otras; pero para la mayoría sería insuficiente ó no serviría, sino para extraviarnos: la palabra barómetro, que significa literalmente medida del peso, convendría mucho á la balanza ordinaria; mas sería imposible adivinar el sentido que nosotros le damos.”

Desde luego ocurre que si hay voces derivadas ó compuestas procedentes del griego ó del latín, cuyo significado sea inadecuado ó impropio, lo que importa es conocer el valor de las palabras pertenecientes á esos idiomas; así se emplearán con propiedad; así también podrán corregirse las mal formadas, como ya se corrigió *insectología*, que ha sido reemplazada por *entomología*. Si alguien usa mal de una lengua que necesita, lo que ciertamente le conviene es aprenderla mejor; pero de ningún modo olvidarla ó ignorarla del todo.

Mas no creo que sea enteramente exacto que la mayor parte de las voces técnicas procedentes de las lenguas clásicas, adolezcan de los defectos que vician y afean á miligramo y barómetro. El mismo tecnicismo matemático y la nomenclatura química, entiendo que

prueban lo contrario. En la Geometría es frecuente que la definición etimológica de la palabra se identifique con la definición de cosa: sirvan de ejemplo las voces *triángulo, cuadrilátero, paralelogramo, pentágono, exágono, tetraedro, dodecaedro* y muchas otras más. Por lo que mira á la Química, si acudimos á las voces griegas primitivas, luego venimos en conocimiento de que el *oxígeno* engendra ácidos, y el *hidrógeno* agua; que el *ázoe* priva de la vida y el bromo produce mal olor. Cuando un cuerpo simple forma con el *oxígeno* dos ácidos, la desinencia *ico* se aplica al que contiene mayor cantidad de oxígeno, y *oso* al que tiene menor. Y si el simple forma mayor número de ácidos, se combinan con las inflexiones mencionadas el prefijo *hiper*, que denota aumento, ó *hipo*, que significa disminución; de esta suerte podemos graduar la cantidad de oxígeno respectivamente contenida en los ácidos *hipocloroso, cloroso, hipoclorico, clórico* é *hiperclórico*. Las terminaciones *ato* é *ito* indican la combinación de un ácido con una base; la sal lleva la primera desinencia si contiene un ácido cuyo nombre termine en *ico*, y la segunda, si el nombre del ácido acaba en *oso*. La Química ha llevado la perfección de su nomenclatura hasta significar por medio de prefijos las proporciones numéricas en que se hallan las sustancias componentes. Las voces *proto, sesqui* y *bi*, significan que algún óxido, por un equivalente de metal, contiene respectivamente uno, uno y medio ó dos equivalentes de oxígeno.

Es verdad que estos ejemplos más hablan en favor del griego que del latín; pero en el caso presente, se hallan ligadas ambas lenguas, en términos, de que mu-

chas de las razones aducidas en pro del griego, son también valederas para el latín. Añádese á esto, que no es enteramente extraño á mi propósito encarecer en este discurso la necesidad que tenemos de conocer también el griego.

Al hablar del latín como lengua sabia, no quiero pasar en silencio lo que el Sr. D. Gabino Barreda pensaba de este idioma en sus relaciones con la Historia Natural. El distinguido profesor de Botánica, después de haber lamentado que no se exigiese á los ingenieros el estudio del latín, so pretexto de ser inútil para ellos, se produce en estos términos: "Este pretexto es sencillamente un error. Los ingenieros, como dije á usted, están llamados á hacer el cultivo más práctico y más provechoso para el país de la historia natural, y muy especialmente de la Botánica; y bien, por una anomalía singular las obras de Botánica, y precisamente las descripciones de las familias, de los géneros y de las especies se hacen en esta ciencia casi siempre en latín; y las más importantes y necesarias obras en esta materia se escriben todavía en ese idioma. Los ingenieros, por consiguiente, y sobre todo, los topógrafos, ingenieros de caminos, ingenieros geógrafos, y aun los de minas, si quieren corresponder á las esperanzas que en ellos tiene fundada la Nación, deben ponerse en aptitud de consultar esas obras."

Las consideraciones hechas por el Sr. Barreda y otras que ya quedan expuestas convencen de la necesidad del latín y del griego, no sólo para aquellos que colocados en esferas superiores, están llamados por su saber á aumentar y á mejorar el tecnicismo científico;

sino también para los cursantes, que en esos idiomas hallan depositados, mediante sabia y breve síntesis, los frutos de ruda labor intelectual, y que en las raíces, en las desinencias y en las pseudodesinencias tienen elementos admirables para definir, describir y clasificar con maravillosa concisión; concisión que es valiosísimo recurso para grabar y retener en la memoria teorías profundas y prolijas clasificaciones, como las que usan, por ejemplo, la Botánica, la Zoología y la Patología. Sirvan de ejemplo las numerosas enfermedades inflamatorias cuyo género está designado por la desinencia griega *itis* que significa *punta*, lo que punza ó irrita, y cuya especie queda denotada por el tema radical que expresa el órgano que adolece de la enfermedad; y así *hepatitis* es inflamación del hígado, *gastritis* lo es del estómago, *glositis* de la lengua y *peritonitis* del peritoneo.

Las nomenclaturas y tecnicismos que hoy usan las ciencias, son utilísimo recurso mnemotécnico que consiste en suscitar por medio de los elementos componentes de la palabra una serie más ó menos dilatada de ideas y de conocimientos.

Por otra parte, generalizados el estudio del griego y del latín, sería su conocimiento uno de los medios más eficaces para divulgar las ciencias, mediante la lectura de libros no escritos con la aridez de las obras didácticas, y que hoy están cerrados con los siete sellos del tecnicismo grecolatino.

No puede negarse que el conocimiento de las raíces de uno y otro idioma nos ayuda á formar la análisis y la síntesis de las palabras que de ellos proceden; pero

no es menos claro que es necesario, además, tener alguna noticia de los otros elementos de que constan las voces, así como de los procedimientos de derivación, composición y yuxtaposición, según los cuales se combinan dichos elementos para llegar á formar la palabra. Entre éstos ocupan lugar muy principal las desinencias que distinguen los casos de las voces declinables y que descubren las formas diversas de los verbos y de las voces verbales; casos y formas que ha de tener muy presente, así el etimologista que inquiere el origen y formas primeras de las palabras existentes, como el que tiene necesidad de enriquecer con voces nuevas ya la lengua vulgar, ya las nomenclaturas de artes y ciencias. Los procedimientos morfológicos que debe seguir el que forme palabras de procedencia latina, suponen el conocimiento de los procedimientos de flexión, pues quien ignore los casos de la declinación latina y las formas de los participios, infinitivos y supinos se hallará en la imposibilidad de escoger el caso ó la voz verbal que necesite, para que la nueva palabra resulte bien derivada; y este conocimiento que se requiere para la síntesis ó composición de las voces, se exige igualmente para su análisis; para saber el valor y significado de sus elementos, cosa que incumbe conocer á todo el que tiene necesidad de poseer el tecnicismo de una ciencia. Colígese de aquí que el estudio de las raíces, para que sea fructuoso, pide el conocimiento de los procedimientos de flexión que enseña la Analogía latina. Téngase, además, en cuenta, que no basta que las palabras estén bien formadas, sino que es indispensable saber pronunciarlas y escribirlas.

Inférese de todo esto que el estudio de las raíces latinas ha de ir acompañado del de la Analogía, Prosodia y Ortografía, si no sólo se han de formar bien y entender con claridad los términos técnicos de procedencia latina, sino que se han de pronunciar y escribir correctamente. Idénticos conocimientos de gramática griega reclaman los términos que vienen del griego.

Antes de concluir haré notar que los más acerbos adversarios de los estudios clásicos, aun no se resuelven á condenarlos de un modo completo y absoluto.

El actual emperador de Alemania, que desea *germanizar* la educación de la juventud alemana, sólo quiere que ocupen el primer lugar la Historia y la Literatura de su patria; desea que “los jóvenes escolares vayan de Sedán á Maratón, en vez de ir de Maratón á Sedán;” pero no les prohíbe que vayan á Maratón, y seguramente tampoco les impedirá que, conducidos por Tito Livio, visiten á Cartago.

Alejandro Bain, en su libro sobre la Ciencia de la Educación, hace una concesión muy importante para mi intento, supuesta la autoridad de que goza entre los enemigos del latín. Ha escrito lo siguiente: “Estamos á punto de llegar á una transacción entre el nuevo sistema y el antiguo, fundada en el abandono de una de las dos lenguas clásicas, es decir, del griego, de suerte que sólo el latín sea obligatorio en el programa de los estudios superiores.”

Bain deplora que durante muchos años los discípulos consagren más de la mitad de su tiempo al griego y al latín en algunas escuelas de Inglaterra.

En Alemania, según el mismo autor, durante cuatro años se conceden al latín seis horas semanarias, y en los dos siguientes se le dedican siete. En Francia, según Frari, se estudia latín diez años consecutivos.

Se percibe muy claramente que el curso de una sola asignatura, prolongado por tan dilatado espacio de tiempo, impide la adquisición de otros muchos conocimientos, algunos de mayor importancia; pero nosotros no estamos en ese caso; actualmente se le señalan á este idioma seis horas semanarias, durante el período de tres años, y las demás horas útiles se ocupan en otros estudios, en su mayor parte científicos. Hay, por lo mismo, la seguridad de que los cursos de latín no perjudican á los demás. No bastarán para formar eruditos y profundos humanistas, como tampoco pueden salir de las aulas especialistas en Matemáticas, en Física, en Química ó en Historia Natural, porque esto no es posible. Los especialistas tienen que formarse después, estimulados por su vocación y ayudados eficazmente por los conocimientos adquiridos en las escuelas, en las cuales sólo pueden allegar los conocimientos fundamentales de cada ciencia y de los métodos y procedimientos indispensables para adquirirlas, con lo cual, como tantas veces se ha dicho, se aprende á estudiar.

Para que la educación de los jóvenes escolares satisfaga á sus más urgentes necesidades, no se ha de exigir que en cada materia alcancen conocimientos tan extensos y profundos, como si fuera ella la única que hubieran de cursar; si así se procediera, habría que sacrificar á un solo conocimiento ó á un solo orden de co-

nocimientos todos los demás; habría que descuidar las letras por las ciencias ó éstas por aquéllas.

Si el plan de estudios atiende igualmente al cultivo de las letras y de las ciencias, dejarán de vivir divorciadas las unas de las otras. Por caso lamentable pasa entre nosotros, salvo honrosas excepciones, que los hombres de ciencia poco se cuidan de lo que llaman la forma del pensamiento, y los humanistas y literatos, pagando desdén con desdén, no dan mayor importancia á las pacientes labores del observador y del experimentador. Pero aun suponiendo que los unos estimen en lo mucho que vale la labor de los otros, es estimación meramente platónica, pues cada quien mira como vedados los dominios en que él no impera. Que no sea esta la conducta que observen nuestros alumnos; que antes bien imiten á los sabios franceses que hermocean las verdades austeras de la ciencia con las galas y atavíos del lenguaje y del estilo, estilo y lenguaje que han acendrado en el crisol de los clásicos griegos y latinos.

Por otra parte, no perdamos de vista que si las ciencias experimentales y de observación, auxiliadas poderosamente de las exactas, descubren cada día en la Naturaleza nuevas energías que ponen al servicio del hombre, para proporcionarle toda clase de goces materiales, las Humanidades, tomadas en toda su amplitud, desenvuelven las energías de nuestra alma y las aplican á los objetos más nobles y levantados: al conocimiento de la Verdad; al amor y práctica del Bien; á la manifestación y realización de la Belleza.

Por estos estudios amamos á la Naturaleza y á su

Autor Omnisciente y Todopoderoso; á la Humanidad y á la Patria; á la Libertad y al Derecho; á la Ciencia y al Arte.

Un solo libro, el libro por excelencia, el monumento literario más grande que posee el hombre, transformó al mundo antiguo en el mundo cristiano; muchos siglos después, los griegos fugitivos de Constantinopla obraban otra gran transformación que se llamó Renacimiento; á su vez el Renacimiento preparó el camino á la Revolución más trascendental de los tiempos modernos; y esa Revolución fué en gran parte obra de los autores griegos y latinos. No es esta la oportunidad de juzgar á la Revolución y al Renacimiento, pero sí lo es de ponderar cuán grande es el poder de las ideas cuando se asocia al poder de la palabra. ¿Qué son, pues, las fuerzas de la materia comparadas con el empuje casi omnipotente del espíritu?

No sé si el ardor con que defendiendo el estudio y cultivo de las literaturas clásicas me haya llevado más allá de los lindes que fija la verdad; pero suponiendo que hubiera exagerado la influencia que les ha tocado ejercer en el mundo antiguo y en el moderno, sí podré decir de esta disciplina del espíritu, lo que con tanta elocuencia como verdad dijo alguna vez el más grande de los oradores romanos: "Hæc studia adolescentiam alunt, senectutem oblectant, secundas res ornant; adversis perfugium ac solatium præbent; delectant domi non impediunt foris, pernoctant nobiscum, peregrinantur, rusticantur."

He dicho, señores, si no todo, algo de lo mucho que abona el estudio de las Humanidades en general y del

latín y su literatura en especial. No creo necesario fatigaros por más tiempo; lo dicho basta, á lo menos, para fijar el estado de la cuestión.

Por lo demás, el acendrado amor que profesa á las letras el actual Ministro de Instrucción Pública; el culto que rinde á la lengua patria tan bien manejada por su correcta y elegante pluma; su investidura académica que lo pone al lado de los próceres de la Literatura en España y en América, me hacen esperar fundadamente que no será el literato, el hablista, el académico, quien descargue rudo golpe sobre nuestra lengua y literatura, suprimiendo la enseñanza de la lengua y de la literatura latinas.